

se referen en estos libros, no se pueden negar, pues la existencia del culto y de toda la meton judía no tiene otro fundamento que estas promesas.

Que fuera de lo que accedía de ellas dijo Moisés posteriormente y cuando la nación estaba establecida en la Judía, otros nuevos profetas las repitieron y corroboraron, y que no solo añadieron diversas señales para que se reconociese el Mesías, sino que determinaron positivamente el tiempo preciso de su venida.

Que por consiguiente Moisés había probado su misión, y que la religión de los judíos era visiblemente obra de Dios.

Que precisamente en el tiempo que habían señalado los profetas, nació Jesús, hijo de María.

Que este Jesús era descendiente de David, á quien Dios había revelado que de su linaje debía nacer el Mesías, y que todos los judíos lo sabían.

Que Jesús nació en Belén, en donde los profetas dijeron que el Mesías había de nacer.

Que el mismo Jesús predicando á los pueblos de Judea y de Galilea, les dijo que él era el Mesías, pero que los judíos no le creyeron, y que por eso le crucificaron.

Que este Jesús aunque crucificado, y aun por lo mismo que fué crucificado era el verdadero Mesías, y que decía verdad en cuanto dijo, porque probó sus afirmaciones su misión que Moisés la suya.

Que la probó porque todas las señales que el mismo profeta para reconocer el Mesías y que se leen en los libros de los judíos igualmente que en los nuestros, se verificaron perfectamente en su persona.

Porque las profetas que hizo el mismo Jesús, se cumplieron perfectamente y porque Jesús hizo grandes y públicos milagros, que era imposible hacer sin la asistencia de Dios, y Dios no le hubiera asistido si no hubiera dicho la verdad cuando dijo que era el Mesías.

Que entre estos milagros hizo el de resucitarse por su propia virtud, y el de ascender al cielo en presencia de muchísimos testigos; lo que prueba con evidencia su divinidad.

Que fundó y estableció una religión espiritual y contraria á las inclinaciones humanas con doce pescadores ignorantes y pobres.

Que no solo hizo milagros, sino que tuvo el poder de comunicar este don á sus discípulos, y que estos hicieron tantos, que con ellos convirtieron muchos judíos y los innumerables gentiles de que se formaron las primeras iglesias cristianas, que han llegado sin interrupción hasta nosotros.

Que todos estos hechos, tanto los del nacimiento, de la vida y muerte de Jesús, como los de los milagros que hizo, están escritos por los apóstoles y evangelistas, autores coetáneos y testigos fidedignos, pues ellos mismos hicieron milagros.

Que los escribieron á sus contemporáneos, no para instruirlos, pues los sabían como ellos, sino para conservarlos, con el fin de instruir á la posteridad y á las regiones distantes, y que no es posible se atravesasen á consignar en presencia de los coetáneos hechos de tanta magnitud, si fueran falsos; pues sin esto, lejos de que la religión cristiana se hubiera podido propagar tan rápidamente, se hubiera desahogado del todo.

Que solamente la publicidad y la repetición de estos milagros pudieron conseguir que á pesar de tan débiles medios se propagase una religión tan difícil de creer por la incomprensibilidad de sus misterios, y tan difícil de practicar por la severidad de sus preceptos.

Que estos milagros fueron atestigüados por innumerables testigos no solo sin tacha, sino de virtudes excelentes; que fueron predicados en regiones distantes, sin que pudiese haber complicidad, pues entonces cada uno estaba solo y sin ningún interés, antes por el contrario, les estaba la vida el predicarlos; y que pues se dejaban martirizar por sostenerlos, no podía ser esto por otra causa que por no faltar á la verdad.

Que en fin, desde que estos milagros son ciertos, la religión cristiana que ellos autorizan es la verdadera; que si la religión cristiana es verdadera, Jesucristo es Dios; y esta conclusión me estrema: porque ¿qué será de nosotros?

Ve aquí, Teodoro, el compendio que hice aquel día para sujetarlo á nuevo examen, y te confieso que me hacía temblar, porque lo volvía, lo volvía por todas partes para buscar la parte débil y no la podía encontrar. Los hechos me parecían probados, mi razón quería resistir á su evidencia, y se veía obligada á ceder; las consecuencias eran legítimas y naturales, yo examinaba cada proposición en sí misma, y las repasaba todas una después de otra; y no veía qué fuese posible rechazar ninguna.

¿Qué hubiera yo dado entonces por tener junto á mí todos nuestros amigos para ver qué efecto hacían sobre ellos estas reflexiones de que están tan lejos como yo estaba! Sobre todo, hubiera deseado tener allí á esos intrépidos y famosos incrédulos que hablan con tanto desprecio de una religión que tiene en su favor razones de tanto peso. Yo hubiera querido ver cómo se desenlababan de esta cadena de pruebas y fundamentos; si todo su espíritu podía descubrir algún flaco en raciocinios tan elevados, tan claros, tan seguros y tan sostenidos los unos de los otros. ¡Creerás, Teodoro, que yo empezaba á recelar que el padre podía tener razón cuando me decía que los más famosos de estos incrédulos no conocen bien la religión que atacan, que nunca la han examinado en su fondo interior, que solo se han detenido en los accesorios que la ignorancia ha juntado ó en los abusos que la superstición ha añadido!

Te aseguro que esto me pareció ya vanosísimo, y que me lo persuadían sus propias obras, porque haciendo reflexión, veo que no se pagan más que de estas frioleras para hacer la ridiculez, y que no combaten el tronco ó la esencia de la religión; pero yo quisiera que dejando por un instante sus charrazos, ironías y sarcasmos, me respondieran seriamente, ¿si creen posible que Moisés sin misión divina y sin milagros pudiese sacar á los hebreos del Egipto? Que me explicaran ¿con qué arte pudo engañar á los mismos hebreos? ¿Cómo logró hacerles cantar el cántico en que dieron gracias á Dios por el milagro del paso del mar Rojo? ¿Y cómo en celebridad de este prodigio pudo desde entonces instituir una fiesta que sus descendientes celebran todavía, si este prodigio fuera una fábula?

Que me dijeran, ¿cómo Moisés se atrevió á escribir unos libros para publicarlos inmediatamente, en que expuso la creación del mundo y las demás noticias que contienen, si no eran conformes á las tradiciones que sabían todas? ¿pó-

mo ingirió tantos milagros que dice haber hecho en presencia de los judíos sus contemporáneos, que cita como testigos para que los pasen á la posteridad, si en caso de ser falsos, los mismos á quienes se entregaban los libros no debían desmentirle?

¿Y con qué mágnica engañó á tantos millares de hombres que al instante recibieron estos libros, los veneraron como divinos, hicieron de ellos el más sagrado cánon de su religión, y los pasaron como tales á sus descendientes, que hoy mismo los veneran como ellos?

¿Cómo los libros del nuevo testamento Tesoritos por tantos autores contemporáneos, todos conformes en los hechos esenciales y todos testigos oculares ó instrumentos de ellos, pueden no ser verdaderos? Y si no lo son, ¿por qué no han sido desmentidos ni por los judíos, ni por los gentiles, ni por los herejes?

¿Cómo los milagros de Jesucristo nunca han sido contradichos? Pues los gentiles, no atreviéndose á negarlos, se contentaron con oponerles los ridículos de Apolonio. ¿Como y por qué los judíos tampoco tuvieron el valor de negar hechos públicos conocidos de todos, y ceharon mano de tan miserable recurso como el de atribuirlos á la magia y á la pronunciación del nombre Jehová?

¿Cómo si los milagros son ciertos puede no ser divina la religión en que se hacen? Y si no son ciertos, ¿cómo doce pobres pescadores cada uno por en lado han podido hacer creer un moral austero? porque esto sería más incomprensible que todo.

En estos y otros puntos semejantes hubiera debido compare los que quieren destruir la religión; desde atenciones fundadas, desde razones que parecían eficaces y que en efecto han servido á tantos pueblos y tantas naciones al punto que quisiera andar por las ramblas sin atreverse al punto como hacen los más famosos de entre los filósofos. Y esto me hacía reflexionar que el padre tenía mucha razón cuando decía que desde que está probada la verdad de la religión, y que no se destruyen sus fundamentos,

importa poco que los incrédulos propongan objeciones y que no sea posible responderlas, porque esto no destruye la verdad, y solo hará ver que el espíritu humano es tan limitado, que aun en las verdades más probadas y más fáciles, como no alcanza á conocer todo el objeto, le queda siempre mucha oscuridad.

En fin, empezaba á parecerme que aquellos grandes argumentos que yo tenía por tan sólidos y luminosos, podían ser más frívolos de lo que yo imaginaba, y que estos eclesiásticos que yo juzgaba tan toscos é ignorantes, habían más de lo que yo era; empezaba también á desconfiar de mis propias opiniones. Por un lado tenía deseo de fijar mi espíritu porque me sentía inquieto y me atormentaba mi cavilación; pero me parecía que yo me parecía que lo mejor era arrojarse en los brazos de la religión, pues que al fin este era el partido más seguro. Pero por otro lado me detenían muchas reflexiones: la vergüenza de confesar á un hombre eclesiástico que un hombre como yo había vivido en el error y que él me iluminaba, el temor de que tú y mis demás amigos os burlarais de mí y me nombrarais como un espíritu débil, que un filósofo había solido decir: la pena de dejar una vida tan agradable como la que yo había, la dificultad de abandonar mis gustos, sacrificar mis pasiones, y domar una vida austera que me parecía imposible sostener; cada una de estas cosas se me representaba como una montaña que yo no era capaz de vencer; esto me hacía temblar contra mí flaquez; procuraba hacer como fuerza, y me disponía á resistir.

Pasé una noche muy inquieta y dormí poco. Yo mismo no me podía entender, porque se me escapaban exclamaciones que nunca habían salido de mis labios. Algunas veces me sorprendí diciendo: ¡Oh Dios! si es verdad que existes, si es verdad, ¿deseriste, que eres Dios, alumbrá mi oscuridad y deténme mi corazón. En estas agitaciones pasé toda la noche y esperaba con impaciencia el otro día. En otra te contaré lo que me pasó en él. Adios.

## CARTA XV.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo Teodoro: A la hora acostumbrada llegó el padre. Lo primero que hice fué darle el resumen que había hecho para mí y de que te envié copia en mi última carta. Me parece que lo oyes con satisfacción y me dijo: Espero, señor, que nuestro trabajo no será perdido; Dios está entre nosotros, y jamás ha engañado mis esperanzas. Después sin añadir más, cesó á est.

Ayer hablamos del moral cristiano, y me quedé por decir, que este moral tan puro y santo, que este moral tan conforme á la razón y tan proporcionado y útil para la fin que el hombre corrompido, estriba sobre dos grandes fundamentos, y son las magníficas promesas que que anima á la virtud y los terribles castigos que que amenaza al vicio; porque, señor, la religión nos sigue más allá de la muerte, y entonces es cuando nos hace ver el efecto de sus promesas.

La imaginación no puede concebir los bienes inmortales que nos aguarda. Después de haberlos hecho en la tierra hijos de Dios y hermanos y colaboradores con Jesucristo, nos ofrece en el cielo una sociedad eterna de dichosos con el Padre y con el Hijo por la unión y el amor de su Divino espíritu. «Nuestras almas se penetrarán de la inefable luz de la inteligencia soberana, nuestros corazones inmutablemente felices con la vista y la posesión del bien infinito, tendrán la certidumbre de estar inundados sin fin en un torrente de dichosas, y seguros de ser eternamente dichosos, pero con dichosas tan grandes, tan inmensas, que ni los sentidos ni los pensamientos pueden en la tierra concebirlas.

Hasta el cuerpo, este caduco y delznable cuerpo, tendrá parte en la gloria y felicidad del alma, pues habiendo sido el compañero de sus trabajos y el instrumento de sus mé-

ritos y buenas obras, no quedará siempre sepultado en el polvo, y llegará al día en que resucitado y glorioso goce de la merecida recompensa. Este es el precio que le promete a nuestras esperanzas.

Instruido de estas verdades, el cristiano sufre con paciencia los males de la vida. Sabe que cada momento que corre es un paso con que se acerca el término, que no puede tardar el momento de dar cuenta de sus obras, y que por fin ha de llegar aquel terrible instante en que la voz del Omnipotente mandará a los muertos que revivan, y entonces la tierra, el mar y los abismos restituirán todos sus depósitos. Nuestra débil razón se confunde; pero que deje de oponer dificultades al que ha ofrecido hacer esta prodigio. El universo está en sus manos, y el que supo sacarlo de la nada sabrá encontrarlos por mas que haya menazado y escondido entre sus otras criaturas.

Los cuerpos ya vivos e inmortales saldrán de sus sepulcros para presentarse a Jesucristo; pero serán bien diferentes de lo que eran. No serán ya aquellos cuerpos sujetos al pecado que arrumban al alma y la entorpecen, no serán aquella casa de lodo de donde la razón no podía desterrar sus indomables enemigos. La mano que los hizo los sacará ahora como figuras nuevas, como vasos de honor, como templos augustos y gloriosos en que todo está en paz porque todo está en orden. Y como ya los misterios de Dios están consumados, como el número de los escogidos está lleno y el reino del pecado será destruido, Jesucristo destruirá también a su último enemigo que es la muerte.

Después de esta grande y última victoria ya casi no habrá distinción entre el hombre y el ángel. Todos seremos espíritus celestes y cantaremos juntos los cánticos de amor y gratitud a gloria de nuestro Libertador, subiremos con él a su trono, nos asociaremos a su reino y poder, juzgaremos con él las naciones, el humilde dominará a los orgullosos que le dominaron en la tierra, el miserable que sufrió con paciencia se verá superior al soberano que le oprimió, la víctima se levantará contra su tirano y empezará el alto e interminable imperio de la virtud.

Pero si la religión dá a los buenos tan dulces esperanzas, ¡qué terribles son los castigos eternos con que amenaza al impío y al pecador que no muere en los brazos de la penitencia! Ya hablamos de esto un poco el otro día, y ahora quiero añadir que estos castigos de la religión atropán tan espantosos, nos la hacen mas preciosa y venerable; porque el dogma de las penas preparadas a los delitos en la vida futura, está enlazado con los de la justicia y santidad de Dios, con los de la inmortalidad del alma y de la distinción del bien y el mal, con las nociones que tenemos de la virtud y el vicio, y con la necesidad de una religión.

Este dogma es también un punto de doctrina muy necesario para servir de contrapeso a las pasiones, de barrera a los vicios, de apoyo a la virtud, de suplemento a la impenitencia de los misericordes, de freno a los grandes y de consuelo a los humildes, de todo moral, de todo orden y de toda sociedad, que el pagamiento le perjudica a pesar de todas sus tinieblas. Es verdad que la teología grosera de aquel tiempo le destituyó, con fábulas absurdas, y que después de espesas nubes con que le ha procurado cubrir la filosofía, alteraron de tal manera esta verdad importante, que la dejaron tan poco decorosa a Dios como inútil al hom-

bre; pero esto fué error de las pasiones, y el sentimiento de su existencia fué en el principio un instinto del corazón, por la idea de su necesidad.

El Evangelio es donde este dogma ha recobrado su certidumbre, su dignidad y su energía. Allí es donde Dios después de intimarnos sus leyes y haberlas dado su sanción divina, nos advierte que este código dictado por su sabiduría será la regla invariable de sus juicios, y que las penas serán proporcionadas al número y enormidad de los delitos; que Dios será siempre misericordioso mientras dura la vida, y estará pronto a recibir en sus brazos al que implora su clemencia; pero que desde que entra en el abismo oscuro de la eternidad, ya el hombre no será jamás perdonado, porque en esta vida nueva y desdichada no hay ya penitencia saludable, y que en ella el arrepentimiento de los malos no es mas que la rabia del amor propio reducida a la desesperación y despecho.

Allí es donde se nos dice que en la region de las penas eternas los que murieron endurecidos y rebeldes jamás amarán la verdad, porque ya no son capaces ni de convertirse con sus desengaños ni de mejorarse con sus baldones; que estos no pueden ya mas que irritarse, porque no hay esperanza de remedio, y que solo quisieran destruir la verdad con sus manos sacrílegas, si su fuerza fuera tan grande como su odio. Allí se nos hace la pintura formidable de aquel día tremendo en que Dios á vista del universo justificará su Providencia manifestando los resortes escondidos de su gobierno, la elevación de sus consejos, la santidad de sus leyes y la justicia con que destina á castigos eternos á los que no quisieron aprovecharse de su misericordia.

Bien sé, señor, que el orgullo humano no puede soportar esta idea, y que siempre repite horrorizado: ¿Qué! ¡por un momento de flagraza una eternidad de tormento! pero ni sus injustas murmuraciones, ni sus dulas amenazas podrán mudar las disposiciones divinas y los destinos de los hombres. Ya es he dicho que nuestra débil razón no es capaz de medir la justicia de Dios; que para hacerla callar basta hacerle saber que Dios lo ha dicho. Considerad también que las leyes humanas no son injustas, porque castigan la culpa de un momento con la pérdida irrevocable de la vida; y si nuestra razón alcanza á conocer la necesidad de este rigor, ¿cómo nos podemos atrever á condenar á Dios cuando después de haber amenazado á los impenitentes con una vengenza eterna, los ve desde su trono burlándose de sus amenazas?

Para nuestro sosiego debe bastarnos saber que bajo el imperio de un Dios de infinita misericordia ninguno sufrirá tan horrible destino que no sea por culpa suya y sin haber en cierta manera como forzado á su justicia. Considerad también que si todo el terror que inspira la idea de un infierno no es suficiente para contener á los hombres, ¿qué sería si Dios no hubiera dado por contrapeso á las pasiones una eternidad desventurada? "¿Cómo es posible imaginar, dice Bonnet, que no hay en Dios una justicia cuando la nuestra dimana de la suya? Pero la de Dios debe ser soberana, esto es, inevitable, divina, por consiguiente infinita, siendo infinita debe ser conforme á la naturaleza, y sus castigos deben ser infinitos. Que mediten esto los filósofos, que vean que no pueden hallar seguridad contra la cólera eterna que les amenaza."

Para que sintamos mas el precio, la grandeza y la necesi-

dad de la religion, trasportémosnos, señor, con el pensamiento al último instante en que la vida se termina. ¿Qué consuelos puede ofrecer á un moribundo la seca y estéril filosofía de la incredulidad? ¿qué le podrá mostrar para calmar sus terrores y alentar sus esperanzas? ¿qué el espanto y poco seguro abismo de la nada? ¿pero qué alma si sus pasiones no la han embrutecido podrá imaginar sin asombro destino tan horrible? ¿cómo es posible que la naturaleza no rechace la idea de su destrucción? ¿y qué incrédulo puede estar bastante seguro de ella para desahucarse con tranquilidad en tan vergonzoso y amargo recurso?

La verdad es que ninguno de ellos está tranquilo ni seguro, así los vemos desahucarse de olvidarlo en las exortaciones de la muerte; entonces hacen á la religion reparación de sus desprecios, y buscan en la misericordia de Dios el consuelo que no pueden hallar en sus antiguos principios. Si alguno de ellos lleva mas adelante el furor de su impiedad, es el último esfuerzo de su orgullo, el infeliz artificio de un despecho, que quiere cubrir la turbación que le devora, con la máscara de la firmeza, acaso porque Dios le ha arrojado de sí y le abandona, y porque él mismo ha perdido con la esperanza del perdón hasta el valor del arrepentimiento.

¿Qué diferentes es la suerte de aquel á quien la religion acompaña hasta el fin con su luz y su fuerza! El cristiano mira la muerte no como efecto del acaso ni de una ciega necesidad de la naturaleza, sino como consecuencia justa, indispensable y santa de la sentencia pronunciada contra el pecador, y que se ejecuta en el tiempo que señala la Providencia. El moribundo se une con la justicia divina, coopera con ella y se somete, obedece, se humilla y adora, da gracias ó por lo menos se resigna, se mantiene en paz y levanta á Dios su corazón implorando su misericordia y sostenido por su esperanza.

El cristiano sabe que su vida no era mas que un largo sacrificio que empezó en el momento en que por el bautismo se ofreció á Dios, y que debe consumarse por la muerte, que viviendo ó muriendo debe ser todo de su Señor, y no puede ser mas que en este estado de humillación y agradecimiento, es mas particularmente suyo porque va á dejar la vida para obedecerle, para iniciar su muerte y representarla.

De modo que la muerte sin religion es un objeto horrible, un suplicio vergonzoso, un abismo sin fondo, una degradación sin recurso y el mas fatal escollo de la humanidad; pero la muerte en Jesucristo es una oblation voluntaria, un acto de obediencia, un sacrificio de expiación, un sueno apacible, un rápido pasaje de las tinieblas á la luz, del destierro á la patria y de las miserias de una mansion corta y horrosa a la paz de una vida inmortal y bienaventurada.

¡Ay, señor! si los hombres consideraran con frecuencia estos momentos últimos en que las pasiones callan y tienen mas luz los desengaños, no se farian tanto en una filosofía de telarañas, que el primer soplo de terror la deshace y aniquila en un instante; pero la degradación es que en el tiempo de la salud y fuerza, cuando el amor propio atreja lejos de sí la idea de la muerte, las pasiones se apoderan del corazón y no dan lugar á reflexiones. La gloria de la religion es que la mayor parte de los que la atacan son corrompidos y descarregados en sus costumbres, y que los que vi-

ven en el orden sin amores delincuentes ni hábitos viciosos, no tienen dificultad en unirse al yugo de la fe, que la respalda, la profesa, y cuanto ella les propone les parece creíble y razonable.

¿Quiénes son los que desean y trabajan por sacudirse? ¿A quíellos cuyos pasiones se han afilanzado, cuyos sentidos han obedecido su corazón y se han sumergido en el desorden. Es pues gloria de la religion no tener por enemigos mas que hombres desordenados, esclavos de su carne ó víctimas de su fortuna; esto es testimonio evidente de su santidad, de su equidad invariable y de su intachable rectitud, con tranquilidad en tan vergonzoso y amargo recurso?

Si ella pudiera atajar de la severidad que recomienda, si pudiera aconsejarse con el vicio y dar escuchas á sus apellidos impuros, á sus ideas ambiciosas y á sus injusticias, no la liberarían la tierra con tanta rabia, la dejarían dominar en paz sobre la tierra y no la perseguirían con odio tan furioso.

No ignoro que la mayor parte de los incrédulos dicen que no se desclatan contra el moral del Evangelio que reconocen santo, sino contra sus misterios que no entienden y trastornan las ideas humanas; pero esto es artificio, y si fueran sinceros confesarían que los misterios no les incomodan y que si los combaten es porque los sirven de pretexto para destruir la moral que suponen y predicar, y porque quisieran ofuscar una luz severa que no les deja gozar tan tranquilamente sus placeres. La fe de los misterios no les comoda nada si la pudieran acomodar con la iniquidad de sus corazones; pero cómo aliar la luz con las tinieblas? ¿Cómo no le hubiera otra prueba contra la incredulidad que se acomodase tanto con el desorden de la vida, se debiera en fin servir que no vala para nada; esto título solo basta á para condenarla.

Supongamos que hubiese en alguna reino hombre que intentase desautorizar al gobierno de su soberano, que despreciase sus órdenes, que le blasfemara sin reserva sin respeto, que dijese que el obedecerte era miseria y cobardía de espíritu, que el celo de su servicio era ridículo, y en fin, que desahucase impresiones injuriosas á su majestad y capases de trastornar su monarquía; es pregunto señor, ¿si se dejarían tranquilos á estos hombres? ¿y si por lo menos no se les haría encerrar? ¿y se deberían tolerar hombres tan atrevidos y sacrílegos que en medio del cristianismo con sus impiedades y motes profanaban las casas mas santas y desacreditaban el servicio de nuestro gran Dios á quien adoramos? ¿que no hacen caso de su luz ni de su culto, que tratan de suplantarse las demostraciones de nuestra adoración, que trabajan por quitarse sus mas fieles siervos, por apartarlos de sus altares, y en fin, que se burlan de sus ejercicios devotos llamándolos hipocresía ó simplicidad? ¿Señor! ¿os parece esto justo?

Lo singular es, que los que no caen en tantos excesos suelen decir hablando de estos hombres, que fuera de este artículo son bastante honrados y hombres de bien: estilo absurdo y que desacreditaba mucho el título de honrado. ¿Cómo puede ser honrado el que falta á su primera y mas esencial obligación, que es la de reconocer á su Criador, atenderle y obedecerle? ¿cómo puede ser hombre de bien el que profana principios que se dirigen á destruir toda la confianza entre los hombres? ¿al que se tiene fe como que le detenga para determinarse á todo lo que le pidan sus intereses y placeres en fin, ¿el que vive sin fe y sin ley? Que se lo ponga en pruebas

dificiles y presto se verá lo que es y lo que da de sí este hombre honrado.

También es singular que á este incrédulo se le propongan las verdades de la *fe*, esto es, revelaciones fundadas sobre la tradición mas antigua y mas constante, confirmadas con innumerables milagros públicos, consagradas con la sangre de muchos mártires, autorizadas con la sumisión de los hombres mas sabios en todos los siglos, y la creencia de naciones enteras, y que nada de esto le haga fuerza; y si se le proponen los delirios ó las ideas sutiles de un filósofo nuevo, que regla el mundo á su antojo, que discurre sobre el órden y la naturaleza de los entes con tanta seguridad como si los hubiera hecho con sus manos, entonces este hombre tan incrédulo admira aquellas concepciones, las cree sin dudarlas, las sostiene con obstinación y las defiende tanto, que delira por ellas. San Pablo dijo bien (1): "que Dios entrega estos hombres á su réprobo sentido, que se pierden en sus pensamientos frívolos y quiméricos, y que los que se tienen por sabios son insensatos."

Por otra parte, yo quisiera preguntar á estos catódricos de irreligion, qué es lo que pretenden? quitar las supersticiones? ¿oartar los abusos? Todos lo deseamos, y la Iglesia lo desea mas que nadie. ¿Pero para arrancar la zizia es menester tambien arrancar el buen grano? ¿El moral no es santo? ¿no es propio para hacer á los hombres felices? ¿pues por qué desacreditarlo? Y cuando fuera posible extirparle del mundo, ¿qué hubiera conseguido? ¿se puede hallar otro medio mejor y mas fuerte para freno de los hombres y gobierno de los pueblos?

¿Qué seria un estado en que no hubiera ni una religion que contenga, ni un moral que reprima? ¿Cómo existiría una sociedad en que cada uno ejecutase todo lo que pudiera ocutar á la vigilancia de las leyes humanas, y no tuviera mas regla que la de su interés? ¿Como ordinario los intereses de uno se hallan en contradicción con los de otros, ¿cuál seria el efecto? Dimensiones continuas, pillaje universal, el pobre pillado al rico, el ocioso al aplicado y nadie podría estar seguro de una muerte violenta ó de un asesinato: todo seria confusión, delitos y trastornos, y esto es lo que los incrédulos harían en el mundo entero si lograsen su empeño de desacreditar la religion.

Pero ellos no se embarazan de estas consecuencias ni se detienen á considerarlas; lo que les importa es sancionar una ley que incomoda sus pasiones y engañarse á sí mismos. El tono del día en los discursos y en los libros es ridicularizar, burlarse de ella y hacer reír á los oyentes ó lectores. Los escarnos son los argumentos, los chistes y las ironías son las objeciones á la moda: esto es fácil y al mismo tiempo esto, porque nada hace tanto efecto en los ignorantes que no conocen la futilidad de sus raciocinios como un sarcasmo dicho con gracia y sazonado con la sal de impudicia; pero el instruido oye de otra manera á estos doctores, y cuando los ve muy satisfechos de haber combatido á su modo la religion porque se han burlado de algunas devociones populares que tratan de abusos y supersticiones, ve su ignorancia con lástima, ó mira con indignación su malignidad.

Sabe el instruido que nuestra religion no consiste en esas devociones particulares, que es fácil que la simplicidad

(1) *Ad Roman I. 28.*

del pueblo introduzca en ellas alguna supersticion por un error hijo de su ignorancia; pero que la Iglesia las condena y encarga á sus ministros que velen para ilustrar las gentes poco instruidas, que muchas veces no son mas que expresos de celo que naen de un buen principio, que no todo lo que condena el celo amargo de estos apóstoles falsos se debe condenar, que hay fundaciones piadosas que una buena intencion inspira en honor de Dios y de sus santos, y que estas deben fomentarse; que puede haber otras instituciones acaso menos útiles, pero no contrarias al espíritu de la religion, y que estas se toleran por no enfriar el celo y por que no perjudican; pero nunca se miran como el fondo de nuestra creencia y culto. Esto es lo que estos sofistas debían reflexionar. Si no lo saben es mucha ignorancia; si lo saben es mucha malignidad querer desacreditar la religion por accesorios que no pertenecen á lo principal.

Si quieren caminar de buena fe, que se despojen de toda preocupacion y que la examinen en su fondo y esencia. Entonces no podrán dejar de admirar cuánto es sublime y santa, y reconocerán que tiene con qué contener á los espíritus mas sabios y elevados como lo fueron los padres de la Iglesia. Aunque no quieran, descubrirán en ella un carácter divino que los asombrará; pero ya he dicho que no es esto lo que quieren; ¿y qué hacen? atacan lo que no se defiende, un punto de ninguna consecuencia y en que la religion regularmente no se interesa, una ceremonia, una costumbre que les choca y que la simplicidad suele introducir, son los objetos sobre que descargan sus golpes y hacen grandes esfuerzos de elocuencia para echarlos por tierra. Bien se demuestra que la religion es inexpugnable, pues no se la puede combatir sino tan de lejos y con objeciones tan frívolas.

Si llega el tiempo de que este nombre de *filosofía*, hoy tan envidiado, recobre su significacion verdadera y que el título de *filósofo* no se dé sino al que ama la verdad y la busca de buena fe, se verá con asombro que en nuestro siglo la *filosofía* era enemiga de la religion, y que era menester ser incrédulo y blasfemo para alcanzar renombre de filósofo.

Cuando el Evangelio no fuera mas que un sistema humano, cuando se pudiera demostrar que el divino origen que se le atribuye es falso y sus esperanzas y amenazas son quiméricas, nadie pudiera negar que es un libro excelente que no ha podido escribirse sino con intenciones virtuosas, que su doctrina es tan pura, sus máximas tan santas y sus consejos tan sabios, que si su observancia fuera general, con esto solo se remediarían cuantos abusos y desórdenes lloran los hombres de bien en las sociedades humanas. Así es imposible quitar á los fundadores del cristianismo el mérito de haber comprendido un designio saludable, de haber concebido ideas santas y sublimes y de haber sido hombres benéficos y verdaderos amigos de los otros hombres.

Hay tambien otra cosa que salta á la vista, y es que de cuantas especies de personas componen la sociedad humana, las que se conforman con las leyes del Evangelio son las mas felices, las mas tranquilas, las mas seguras, las mas firmes en sus principios de probidad y de honor, las que cumplen mejor con las obligaciones de su estado, y el recuerdo mas cierto y compasivo en las necesidades de los necesitados. De esta experiencia resulta una verdad que

deberia detener á cuantos aman la virtud y quieren pasar por filósofos verdaderos, y es pues que el Evangelio es capaz de producir estas virtudes, ningún corazón honrado puede desacreditar su doctrina, y que solo un perverso puede desear el que los hombres dejen de ser cristianos, porque el primer desecho de la probidad es que todos sean buenos y dichosos.

Es pues evidente que en todas las suposiciones los detractores del cristianismo son peligrosos y culpados, que aun cuando fuera posible demostrar que no existe ninguna religion revelada, seria menester respetar el Evangelio como el mejor libro que ha caído en las manos de los hombres, y que los que pretenden desacreditarlo deben ser tenidos por insensatos furiosos á quienes incomoda toda idea de razon y justicia; y cuya depravada corrupcion se avergüenza del sabio y severo moral que en él se nos enseña.

El mas alto punto de perfección á que pudiera aspirar el mejor sistema de felicidad pública, seria que en fuerza de sus principios la parte fuerte y poderosa de la sociedad fuese como empujada por su propio interés á socorrer y hacer feliz á la parte débil y miserable, y que al mismo tiempo esta hallase en el mismo sistema un punto de apoyo y seguridad tan independiente que pudiese ser feliz hasta en el seno de la opresion y bajo el yugo de la tiranía.

Esto es lo que no han hecho ni harán jamás las legislaciones humanas, y esto es lo que hace el Evangelio; esto es el sublime carácter que lo distingue de cuantos sistemas de política y de moral han parecido desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias. El Evangelio es el libro que ha presentado al género humano el plan mas vasto, mas rico y mas capaz de producir el reposo del mundo, la felicidad de los hombres y la concordia de los imperios.

Si un filósofo no puede flogar á tener la creencia del cristianismo, se le debe compadecer sin duda; y si tiene la desgracia de no poder experimentar en sí los consuelos inapreciables que hacen felices á otros muchos, se le debe mirar con lástima; pero ¿con qué ojos puede mirar al incrédulo, que no contento con su propio daño concebido el insensato empeño de arrancar este consuelo de los corazones? Esto es lo que no se puede perdonar á la filosofía de nuestro siglo, su proceder es absolutamente incompatible con el carácter de hombres de bien, y si le indignacion pública de algunas naciones no ha excluido todavía de las sociedades honradas á todos estos filósofos maldicos, es porque en la extrema confusión con que los varios sistemas de impiedad han oscurecido los principios del moral verdadero, las virtudes se han desfigurado y han extendido tanto sus dimensiones, que es casi imposible discernir el punto en que la probidad acaba y la iniquidad empieza.

Los que sin ninguna noticia del Evangelio lean á Voltaire y á otros muchos filósofos de nuestros dias, cuando vean el furor encarnizado con que tratan la religion, se imaginan que el Evangelio es el libro mas perverso y pernicioso que jamás se ha dado al público, y que estos valores benéficos, por amor de la humanidad, le desacreditan con tanto ardor por examinar finas máximas que pudiesen producir la desgracia ó la ruina total del universo: tanto es el encono y la suña con que le vituperan. Pero por ventura ¿la misma evidencia de su verdad no será causa de esta irreligion misantropica? ¿No será la certeza de su utilidad el estímulo de tantas explosiones tan absurdas como inde-

centes? ¿Y no se podría añadir á las innumerables pruebas de la divinidad de nuestra religion la dificultad que tiene de moderarse el que la contradice y la imposibilidad de ser hombre de bien el que la censura y aborrece?

\* En efecto, señor, el que fuere incrédulo do buena fe y porque no puede persuadirse, estaria mas tranquilo y soportaria la creencia de otros con mas indulgencia. La persuasión sincera nunca es apasionada. El que insulta al que no logra persuadir, tiene otros intereses que los de la razon. Es menester un corazón maligno para complacerse sin interés en turbar el filosofio que con tanta turbulencia predica lo que él llama verdad, da á entender que el mismo no está firmemente persuadido, que no aspira mas que á evitar la vergüenza de abandonar toda virtud, y que quiere oegar á los demás para que no vean la pobreza y miseria de su corazón.

En vano, pues, trabaja la incredulidad en despojarnos de nuestra fe; los verdaderos amigos de los hombres estarán siempre por la conservacion del Evangelio. Este libro es tal, que si fuera posible que un hombre sincero tuviera la desgracia de no poderle creer, le quedaria la esperanza de que puede engañarse, y que acaso algun día podría juzgar mejor; pero siempre admitiria su doctrina, no podría dejar de amarla; y la doctrina que sabe ganar el corazón, sabe tambien resistir á todos los errores del entendimiento.

Si la doctrina del Evangelio fuera falsa, esta seria la primera vez desús del origen del mundo que la verdad hubiera estado de acuerdo con el interés de las pasiones para destruir preceptos que las incomoda, y este concierto fuera tan nuevo como inexplicable; porque el vicio y la virtud jamás pueden hallarse en armonía tan perfecta. No seria posible dar razon de un fenómeno tan raro, pero es muy fácil explicar por qué hay algunos que la combaten con tanta fuerza, por qué abandonan la Iglesia en que naen, y pretenden erigir en sistema la corrupcion, libertando á los hombres de sus obligaciones: todo es por librar á los viciuos de sus remordimientos, y por esto se observa que los apóstatas de todos los tiempos son mas injustos, inconsecuentes y encarnizados que los otros.

¡Empresa temeraria! Podrá seducir algunos ignorantes, y acabarán de corromper á los viciuos; pero la religion se detiene por sí misma, y dejando aparte todos los antiguos y venerables dogmas, todas las incontrastables pruebas de lo hemos hablado, ostenta en su doctrina tal carácter de solidez y de grandeza, que no puede dejar de apasionar á todo corazón que esté libre de vicios ó de intereses personales; es imposible que no inflame á toda inteligencia humana, aunque á su deseo de concebir y penetrar ofrezca de apoyo tantos abismos y profundidades.

El ánimo verdaderamente noble y elevado se glorifica y siente una satisfaccion sublime cuando se reconoce oficialmente con la gloria de su Autor divino, y el corazón que es generoso se complace cuando ve que se pierde en esta inmensidad augusta y que su razon auscultada se reduce á un silencio profando.

Por el contrario los espíritus vulgares y ligeros, no pudiendo percibirlo, hallan en la religion sus ocurrencias y misterios. El que no tiene energía ni elevacion, el que no tiene vista suficiente para registrar de un golpe su vasto sistema en toda la extensión de su correspondencia, el

que no puede alcanzar á ver con una ojeada la armoniosa unidad de todo el objeto, y con ojos lánguidos y torpes solo puede ver acuciantemente trozos, rínicos ó pelotas incoherentes, este atado á la oscuridad de las cosas divinas la confusión de sus propios pensamientos. «Cómo no blasfemaré de las verdades de la fe el ingenio tardío y limitado que halla dificultades en todo y á quien su amor propio ha persuadido que el defecto de su inteligencia es el término de la posibilidad!»

Pero el que pueda alcanzar á ver cómo todas estas verdades misteriosas se corresponden entre sí con la más arreglada armonía, cómo todas dependen de un mismo designio profundo y eterno, cómo todas en el concierto y conexión que recíprocamente las enlaza, presentan el conjunto más majestuoso, magnífico y sublime, en fin, el que en el seno mismo de sus impenetrables abismos pueda descubrir los brillantes resplandores que arrojan en los asuntos que nos importa más saber y conocer; este estará obligado á confesar que esos mismos misterios que están tachados de oscuros, disipan otros, hablados que fueran mucho más espesos, otras nieblas que confundieran más á la razón y trastornaran más su reposo, y concluirá por reconocer que la verdadera filosofía no se puede hallar más que en la religión misma en que se hallan las virtudes verdaderas.

«Qué es la religión sino el complemento, el último grado, la plenitud, la suma total de cuanto el hombre naturalmente busca para su felicidad y perfección? Este es su objeto, su intención, su deseo, y todo esto no define por entero la incomparable excelencia de su ser.

Que es nos presente pues otro sistema que sea tan profundamente concebido y tan sabiamente combinado; que se nos indique otro plan que suponga un conocimiento tan completo de la naturaleza humana como el del cristianismo; que sea el único entre todos los conocidos que demuestre y justifique la tendencia y propensión del corazón humano á ser feliz é indestructible. La infinidad de los descaños del hombre no pueda cumplirse ni lograrse en ningún otro sistema de filosofía; Jesucristo es el solo que nos puede dar tres esperanzas proporcionadas á nuestra capacidad de gozar y á nuestro insaciable deseo de extenderse é introducirnos en la interminable duración del infinito.

La majestuosa inmensidad de este plan es la que da á nuestros libros sagrados un carácter tan distinguido de superioridad sobre todas las producciones del espíritu humano. Ni los antiguos ni los modernos han sabido jamás producir nada que se acreque á la abundancia, solidez y elevación de las sagradas Escrituras. Y no solo los literatos religiosos reconocen en ellas un fondo de sustancia y riqueza que no se hallan en otra parte; pero todo hombre de gusto serio y de ingenio profundo, sean los que fueren sus demás principios, todo espíritu elevado que ame los objetos grandes, la energía y pureza de las ideas, todo orador que busque las riquezas de la elocuencia verdadera, todo filósofo que indagare la naturaleza del hombre, sus necesidades y remedios, todo poeta que aspire á exaltarse elevando su imaginación á grandes sucesos, á magníficas pinturas; en fin, toda alma sensible y tierna que se deleite en el interés con que la mueven los sentimientos patéticos, delicados y vivos, todos los lectores reflexivos y dotados de un juicio sano, admiran y resurren con delicioso placer los ricos tesoros que se esconden en estos libros asombrosos.

El espíritu fútil y ligero es el que no puede trasladar su juicio entre las formas antiguas de que está rodeada su superficialidad, no tiene bastante perspicacia para penetrar que este oro puro no es menos precioso por hallarse incrustado en materias sencillas, y que estas, lejos de quitarle su valor, manifiestan la rica mina en que ha nacido. «Cuántos hombres naturalmente limitados, ganando una victoria á la naturaleza, se han hecho grandes con el solo esfuerzo de medir y practicar la religión. Pero no se me citará ni hombre grande ni hombre bueno ni filósofo respetable entre los incrédulos. Lo que llega al público del carácter y de la conducta de estos sabios, cuando no es escandaloso es á lo menos equivoco, y yo aseguro que su gloria no ganaría nada, en que se publicasen las circunstancias secretas de su vida.

Será siempre una terrible presunción contra los incrédulos ver que hasta ahora se haya conocido uno cuyos costumbres morales hayan parecido en el mundo con este grado sobresaliente y heroico que deja la idea de una probidad intacta, constante, rigurosa y delicada, cuyo fruto es la veneración pública; estas virtudes, en fin, que producen un nombre inmortal, que una nación entera y aun el mundo todo pronuncia con amor y con respeto. Yo no confundo la celebridad que dan los grandes talentos con el amor y reverencia que no se da sino á las grandes virtudes.

Todo el mundo conoce á ha oído hablar de Voltaire, Rousseau, Alambert, Reynal, Diderot, Hume y otros filósofos de nuestros días. He visto, señor, por lo que es la ojeada, que estimas algunos de ellos, y yo respeto vuestra opinión, ni mi objeto ni mi gusto es hacermelos censor de su conducta; pero quisiera preguntaros, ¿qué de ellos ha dejado un nombre tan amado y venerable como el filósofo fray Luis de Granada, como los filósofos Baynes, Fenelon, Eordaloue y otros muchos de esta especie? A pesar de cualquiera ventaja opinión que podáis tener de los talentos de los primeros, me parece que me confesaréis que los últimos han sido incontestablemente mas hombres de bien: no hay remedio, todos sentimos en lo íntimo de nuestro corazón las impresiones diferentes que nos producen estos nombres.

Otra reflexión aun mas urgente es que los sistemas de la falsa filosofía de este tiempo tienen de ordinario por patrones hombres sin principios, sin costumbres, sin decencia, y tal vez sin honor. Parece que la filosofía es el solo edificio que se refugian los vicios, porque solo en su recinto pueden existir sin oprobio, como que allí ninguna especie de depravación desacerdotia. Esta circunstancia es terrible; pero no es posible ocurrerla, porque es un hecho que subsiste, que está á la vista de todos y que sería muy fútil denegar á los que no siguen la corriente del mundo.

Lo que sobre todo acaba de poner en claro la malignidad de este espíritu de irreligión, es que sus partidarios no pueden negar ni dejar de avergonzarse viendo cuántos de entre ellos se han servido de esta falsa filosofía para multiplicar sus vicios y delitos. Esta consideración sola debería bastar para alejar de ella á todo hombre de honor. «Cuántas veces los sucesos de esta clase se han avergonzado unos de otros! ¿Cuánto les pesará ser conocidos en el público por lo que son y por lo que entre sí conocen ellos mismos!

Pero abandonemos esos infelices á la edad, á las enfermedades, y sobre todo, á la misericordia divina. Yo os lo

decho, señor, que he conocido á muchos, que he tratado con algunos de ellos. Yo no he visto ninguno que estuviere sinceramente persuadido, convencido ó seguro de sus sistemas, y he visto pocos que cuando la edad ha debilitado sus pasiones, no abrazasen y siguesen doctrinas menos temerarias. Aquellos á quienes el cielo concede larga vida, pocas veces resisten á los impulsos de una razón ya calmada y tranquila, y si resisten en apariencia algunos, son estos los corifeos, ó sean aquellos que han adquirido alguna utilidad y por orgullo no se retraen.

Pero hoy he visto muchos convertidos de su ceguedad y avergonzados de su antigua depravación; su femeridad se había transformado en una continua reserva y sus sarcasmos en un silencio respetuoso. He conocido otros que iluminados por una nueva luz eran tan celosos defensores de la verdad, como habían sido sus intrépidos enemigos, y reparaban con una conducta penitente los escándalos de su impiedad. Pocos he visto que á la hora de la muerte no hayan sentido todos los tormentos de la perplejidad, tales como las angustias del remordimiento, y que al fin no se detrasinasen al partido mas seguro.

Sin duda que ha habido algunos que aun en aquellos momentos en que se cietran todas las esperanzas de la vida, muestran no querer aljurar sus errores, y mueren con la falsa idea de sostener una gloria infeliz que creen aumentar con su terquedad; pero estos son pocos ejemplos que Dios quiere darnos, negándonos sus auxilios para que veamos hasta dónde puede llegar nuestra ceguedad cuando él nos abandona, y que temblamos de la severidad de la justicia.

La mayor parte y muchos de los mas famosos de aquellos mismos que en su vida con sus acciones y sus libros dieron mas escándalo y ostentaron mas la irreligión, mudaron de opinión y de conducta, sobre todo á la hora de la muerte. Yo pudiera citar muchos, vos lo sabréis de algunos de ellos; que en mi juicio Voltaire, patriarca de todos, tal vez hubiera hecho lo mismo si su degrading no le hubiera traído á terminar sus días en París. El hecho es que en Ginebra se halló dos veces diferentes y con largo intervalo, en peligro de morir; y que las dos veces hizo venir un sacerdote con quien se confesó y con quien se disponía á morir como cristiano. ¿Quién sabe si la tercera hubiera hecho lo mismo? Pero los filósofos que en París rodeaban el lecho de su muerte, cerraron la entrada á todo socorro religioso. No fué dueño de sí para tomar un partido, y la ira del cielo descurrió el golpe fatal; llegó cuando él lo temía menos.

Pero dejemos esto á los juicios de Dios, que son impenetrables, y segun ellos castiga algunas veces á los incrédulos, abandonándolos á un sentido réprobo en pena de sus escándalos y pecados precedentes. Nuestra obligación es compadecer los incrédulos mientras viven y pedir por ellos que se conviertan y no mueran impenitentes. Un celo amargo no es cristiano; y es mas capaz de irritar que de persuadir. La misma religión no quiere ser establecida con violencia, no permite á cada particular mas que la fuerza de la persuasión, no nos deja otros armas que la fuerza de la palabra, el poder del ejemplo, el fervor de la oración y el atractivo de la virtud. Si la cólera del cielo quiere encenderse contra la obstinación del incrédulo, debe

templarse con las aguas de la caridad y quietarse en las providencias de la Iglesia.

Pero mi intención, señor, en todo lo que acabo de decir, es haceros ver los peligros que hay en aljarse en las banderas de esta fatal filosofía, y mucho mas en declararse públicamente su acéoz. Hay otra filosofía verdaderamente sublime, sana y segura, hija de la religión y madre de la virtud; ella es incompatible con el vicio; pero eso mismo acredita que es la buena, que es la verdadera y que tiene útil á la sociedad, que hasta sus enemigos se ven forzados á confesar que es la buena, que es la verdadera y que viene de Dios. Esta filosofía es tan conforme á la razón y tan útil á la sociedad, que hasta sus enemigos se ven forzados á confesar que sus preceptos son muy superiores á los que dieron los mas sabios filósofos de la antigüedad.

En efecto, señor, si os dignis un día de permitirme que yo os la explique, veréis que toda es durara, beneficencia y amor, veréis que el Evangelio impone alguna severidad al que le practica, porque la precisa á reprimir sus propias inclinaciones cuando son viciosas; pero que esta severidad es moderada, que no impide la dulzura de la vida y que la hacen muy tolerable la costumbre, la esperanza y los auxilios de la gracia. Y veréis mas, que este ligero yugo que se impone á cada uno, cede en beneficio de todos, que no está impuesto sino para ser fin; pues que la boca divina que ha ordenado moderar ó contener el orgullo, la avaricia, la impureza, la cólera y las demás pasiones que desordenan el corazón, no lo ha mandado sino para que de la sujeción particular de cada uno resulte la paz, la concordia, el bien orden y la felicidad de todos.

Esta filosofía no enseña mas que el cambio, la verdad, la buena fe, el perdón de los enemigos, la beneficencia, el sacrificio propio por el bien del prójimo, la fidelidad, la buena correspondencia; en fin, todas las virtudes que puede ejercitar el corazón. Considerad, señor, que no hay ni puede haber otra filosofía verdadera que la que puede hacer mejores á los hombres, la que les instruye é domar sus pasiones, la que les inspira amor á la virtud y horror al vicio. Que por el contrario, en esa falsa filosofía el hombre desconoce á Dios para vivir á gusto de su fantasía. En todas las demás religiones se sirve como esclavo, y únicamente por interés. Que solo el cristianismo le sirve también por amor, y que los cristianos son como los buenos hijos, que aman á un buen padre. ¡Ay, señor! es menester ser buen cristiano para ser filósofo perfecto.

Observad como desde que el Evangelio apareció todas las filosofías de los gentiles se extinguieron. Los historiadores convienen que en el sexto siglo de la Iglesia ya no habia quedado rastro de aquella filosofía estéril, que nadie pensaba mas en seguir las huellas de Platon ni de Epicuro. Y la razón es clara, el Evangelio habia derramado mas luz y habia en poco tiempo instruido mas á los hombres, que pudieron haber en muchos siglos los ejercicios del Portico y del Liceo, y por eso á medida que el sol del Evangelio se extendió, toda aquella falsa iluminación se apagaba. Un niño cristiano sabia ya mas que todos los sabios de la Grecia.

Señor, el hombre justo es el mejor filósofo, el mas virtuoso es el mas sabio. ¡Ojalá desechada la que no analiza sino para confundir! ¡Fraseoñón el de estar siempre apartando la vista para no ver la verdad y el de correr los ojos cuando ella se presenta! ¡No es mas dulce creer y someterse! ¿Qué trabajo tan duro y miserable es el de

estar resistiendo continuamente a los impulsos del temor! ¡Y qué consuelo, qué bienaventuranza es vivir persuadido y seguir con fidelidad la luz que nos alumbral! Este es el estado del filósofo cristiano; porque su misma ley le ordena la tranquilidad del espíritu y la confianza del corazón. Todos los instantes goza de lo que desea. Ni el dolor le abate ni el disgusto le turba, porque recibe las penas como favores de la Providencia, se las ofrece con un sentimiento de amor, espera que les dará fuerza para tolerarlas, y cuanto son mas vivas, se consuela mas, porque sabe que serán mas meritorias.

Si puede haber en la tierra felicidad, solo puede sentir-la el que siempre puede gozar del objeto que ama, que desprecia todo lo que le aleja ó desvia de este objeto, que no se ocupa mas que en la consideración de su hermosura, que lo dirige cuanto dice y hace, y hasta lo que piensa y desea, que ama y adora sin celos, sin inquietud y sin temores, que transforma sus penas en placeres, porque las mira como medio de agradarle; en fin, que goza ahora en cierto modo y espera gozar presto mas para nunca dejar de gozar. Esta es sin duda una gloria anticipada.

Vos me diréis que esta es una ilusión y una embriaguez. No examinemos ahora esto, y después de tantas pruebas que os he dado de la virtud de la religión, sería demasiado decir. Pero espongamus un instante que lo sea, pues que ahora no hablamos mas que de filosofía, me debéis confesar por lo menos que esta es mejor y que debe ser preferida, pues su embriaguez produce una felicidad tan real y efectiva.

Me parece, señor, que un espíritu tan justo y elevado como el que os veo, no puede dejar de conocer la excelencia y superioridad de la filosofía del Evangelio, si se aplica a leerla. Y espero tambien que Dios os habrá dotado de un corazón noble y bastante amigo de la verdad, para que cuando vuestra razón la perciba, se haga una gloria de rendirse y confesarla. O me engaño mucho en la idea que he formado de vos, ó vos despreciaréis los miserables subterfugios de que la mala fe se sirve para evitar la confesion sincera de su convencimiento. Me figuro que esta falsa vergüenza es indigna de vuestro carácter franco y verídico.

Siendo así, yo no os pido mas que dos cosas: una que leáis el Evangelio con reflexión y seriedad; otra que examinéis muy de cerca la vida y conducta de aquellos que profesan su observancia y la siguen con regularidad y exactitud, que comparéis a estos discípulos sencillos de Jesucristo con los mas ilustres de vuestros mundos, con esos ingenios que habéis estimado tanto, con esos amables amigos que tanto os han divertido. Cotejad las costumbres, las calidades y las virtudes de los unos y los otros. Y después de este examen, yo abandono la decisión de vuestro juicio; yo quiero que vuestra conciencia sea el único juez de este debate.

Vos me diréis entonces, ¿a quién en una ocasión difícil y estrecha daríais por preferencia vuestra confianza? ¿al cristiano temeroso de Dios ó al filósofo incrédulo? ¿a cuál de los dos daríais mejor una mujer querida ó una hija inocente y sencilla? ¿a cuál daríais mejor en depósito vuestro tesoro? ¿a cuál confiaríais con menos temor un secreto de que dependiera vuestra vida y de vuestra familia? En fin, ¿a cuál de los dos en el momento de la muerte quisierais que se hubiera parecido vuestra vida?

Vos me diréis tambien, ¿cuál de los dos tiene sentimientos mas justos y principios mas honrados? ¿cuál será vuestro mas fiel, mejor padre, hijo mas obediente, esposo mas fiel, amo mas compasivo, bienhechor mas desinteresado y amigo mas seguro? ¿de cuál se puede esperar mas caridad, mas celo y mayores sacrificios? En fin, si la filosofía consiste en buscar la verdad y amar la virtud, ¿cuál de los dos os parece mas ó mejor filósofo en toda la fuerza y extension de este nombre? Si no opináis en favor de los cristianos, será menester que digáis que el mayor cordura y la felicidad mas sólida no entra en la composicion de la filosofía, pues que los mas justos y mas felices de los hombres no son los mejores filósofos.

Pero aunque no dudó que después de este examen no podríais dudar de la verdad, sé tambien que no hasta conocierais para amarla, y menos para seguirla. Ya os he dicho que entre la razón y el corazón hay un espacio inmenso, y me hago cargo de todas las dificultades de vuestra situacion. Y como he omitido el mundo en que vivís, el ascendiente de los hábitos y la tiranía de las pasiones, para esperar que la simple exposicion de algunas verdades austeras y graves pueda desde luego conducir a las costumbres serias del Evangelio. No ignoro que hay muchos que estaban tan lejos como vos de la senda de la religión, cuyo corazón se mudó en un instante; pero estos son golpes extraordinarios del cielo sobre que no se puede contar, y que vienen de aquel poder inexorable que os dignó de asombrarnos algunas veces con milagros.

Lo mas comun es que los hombres que han pasado mucho tiempo en el desorden que están bien quietos con el desahogo y la licencia de sus pasiones trabajan para atontarse y no dejan toda la entrada a la luz porque los lastima la verdad. Si por acaso la religión les presenta sus majestuosas y terribles imágenes, sienten una impresion que los estremece; pero las del mundo la disipan presto, y cuando mas producen en el corazón un sentimiento confuso, una idea vaga de examinar esta un día mas despacio, y a lo largo tomar un partido; pero esto hoy día pocas veces llega. Se pasa la vida en la ilusión de las pasiones insaciables que se renuevan sin cesar; se lucha continuamente contra su propio temor, contra la evidencia de sus errores, y al fin se acaba sin haber tomado jamás este partido.

No permitáis el cielo que vos seáis de este número desgraciado, y yo espero que un día su gracia moverá vuestro corazón; pero como el momento depende de su bondad, entre tanto que os hace este favor inestimable, solo quisiera daros un consejo, y es que no os añadáis a la desgracia de haber abandonado la virtud al delito de atropellar y encarnecer la verdad. Que si sois bastante débil para no querer obedecer a la severidad de la ley, seáis bastante justo para reconocer vuestra flaqueza, para llorar vuestra miseria y para respetar una religión que sería la mayor desgracia no implorar un día una religión que podrá en su seno consolaros del dolor de haberla profanado con vuestras costumbres. ¡No es bastante que se haya corrompido el corazón! ¡por qué querer tambien que el entendimiento sea cómplice de la voluntad, y agravar la depravacion del alma con todo el horror de la irreligion!

Jamás la incredulidad ha podido tener al que tiene costumbres inocentes y puros; y es la última prevencion del orgullo pretender que sus perversas y bajas inclinaciones, sus vicios odiosos y viles quieran formar un sistema de ra-

zon y de filosofía. ¡Qué! porque un hombre no sabe ser casto, moderado ó decente, porque no resuelve domar sus desordenados apetitos, porque no quiere sujetarse a ninguna ley, será menester que maldiga el cielo y la tierra, que ultraje al Evangelio, que blasfeme de Jesucristo, que desprecie la fe, y que excuse su deplorable corrupcion con el horrible estilo de la impiedad!

Esto es perderlo todo si un tiempo, es no contentarse con sacrificar la tranquilidad y la dulzura de una vida inocente sino querer quitarse hasta la esperanza de convertirse un día, y por lo menos la de morir implorando la misericordia y adorando la virtud. ¡Qué ferocidad es, señor, la de contar en presencia del público la obligacion de rechazar la fe hasta en el lecho de la muerte, y querer que el mundo entienda que el último suspiro es tambien la última expresion con que se renuncia a Jesucristo y sus promesas! ¡Pues qué! no es posible ser débil ó frágil sin deservir de la religion de nuestros padres y sin buscar en las tinieblas de una filosofía odiosa y desesperante un refugio a las disoluciones!

¡Por qué ya que en esta naufragio se pierde la virtud, no se procura salvarla a lo menos el respeto de la religion, la estimacion que se debe a los que la practican, y la preciosa esperanza de poder un día ser virtuoso! ¡Qué puede compararse a la pérdida de la inocencia! ¿Cómo se creería que este no era el mayor de los males, si no hubiera el otro de si siquiera esperar que alguna vez se podrá recobrar este tesoro y que sin este recobro no es posible jamás ser justo ni feliz! ¡Qué furor tan loco es porque una parte está corrompida querer que en el todo no quede nada sano! ¡Qué demencia es querer no solo arrancar de raíz la planta, sino arrojar tambien al fuego las semillas que pudieran reproducir los rêuvenos de la virtud!

¡Subéis, señor, cuál es el carácter que distingue y deshonra mas al siglo en que vivimos? Es el de ser el único en que al vivo no ha querido marchar sin la impiedad. En todos los siglos pasados, y hasta en el tiempo que no está lejos del nuestro, el desorden de las costumbres no pretendía autorizar con los sistemas de la incredulidad. En todos habia, como hoy hay, hombres sensuales, sin freno ni principios, eunucos de todo bien, y mártires de la ambicion y del orgullo. Había tambien ingenios superiores, profundos y célebres filósofos, historiadores hábiles, grandes poetas, y oradores dignos de los mejores tiempos de Grecia y de Roma.

Pero jamás esta mezcla de corrupcion y luces producia impíos. Y si algun escritor perverso se atrevía a desacreditar alguno de los dogmas religiosos, la nacion entera se horrorizaba del atentado, y cada uno manifestaba su horror con aquel sentimiento que inspira el encuentro súbito de un monstruo. No se conocia entonces entre los cristianos otra distincion que la de buenos ó malos; pero el abuso no habia llegado hasta el extremo de formar una clase entera de incrédulos y de blasfemos.

En todas las órdenes del estado habia libertinos y justos, grandes filósofos y hombres ineultos, hombres instruidos y malos escritores, académicos ilustres y talentos comunes; pero entonces todos morían de la misma manera, esto es, todos morían confesando a Jesucristo é implorando los últimos auxilios con que la religion consuela a los que mueren. Entonces los grandes hombres de toda especie, los

grandes príncipes, los grandes generales, los grandes magistrados, los grandes autores, todos habian vivido según les habia inspirado su flaqueza ó su virtud; pero todos acababan arrojándose en los brazos de la religion y apelando a los méritos de su Redentor, y nadie decía que un grande hombre que moría así, demerita su carácter de hombre grande.

Entonces no se veía nunca que el delincuente mas facineroso blasfemase en el cadalso, ni que rechazara con desprecio las exhortaciones y lágrimas del ministro del Señor que procuraba conmovérle para salvarle. Menos se podía imaginar entonces que llegaría el tiempo en que en algun país se daría nombre de filósofos a los que después de haber vivido en el desorden con escándalo, sabrían morir públicamente sin fe, sin Dios, sin dolor y sin esperanzas.

¡De qué causa ha nacido una diferencia tan espantosa entre siglos que se tocan tan de cerca! Un hombre solo ha producido esta revolucion tan increíble. Hombre de muchos talentos, pero devorado de la insaciable ambicion de dominar los espíritus y de adquirir una reputacion distinguida, se atrevió a combatir todas las ideas religiosas, y se atrevió a afirmar que el cristianismo era una de las supersticiones populares. Su designio era extinguir todo sacerdocio y toda monarquía, pretendiendo ganarse con esto la fama y odiosa gloria de haber sido el autor y la causa del mas horroroso trastorno que podía sufrir el universo. Este intento absurdo, esta intencion atroz, este deseo bárbaro le devoraba el corazón; y fué el motivo de que la fecondidad de su imaginacion y la fuerza de su espíritu que debía hacerle el mejor, el mas útil y el mas amable de su siglo, degenerasen en una potencia maldica nos capaz de cogar y corromper a todas las naciones. Esta es la llave, este es el secreto de todos los escándalos filosóficos, de todos los fenómenos de impiedad que caracterizan la depravacion y el delirio del siglo décimo octavo.

Señor, respetad la religion entre tanto que la gracia divina no llega a iluminaros con su luz. La mayor edad, las nuevas reflexiones, el fastidio del mundo, la vergüenza de hallaros en tan mala compañía, podrán abrir los ojos y haceros sentir la necesidad de volver luego y acabar la vida en los brazos de la religion; reservas pues el poder y la libertad de arrojar en ellos y de empezar una vida nueva del cristiano, sin que la incredulidad pueda acusaros de inconstancia, y sin que pueda increparos que sois desertor de sus banderas, que á lo menos os queda la puerta abierta para si llega el día de la luz. Desde que se hace alarde de la irreligion, se contrae un cierto empeño de no abandonar por lo no parecer inconstante. Este empeño es muy violento, muy brutal, y una alma vana quisiera sostenerle por orgullo; pero una alma verdadera y honrada podrá hallarse en el caso de no poder guardarle con exactitud, y lo mejor y mas seguro es no aventurarse.

Cuando avanzéis mas en edad, experimentaréis que vuestras pasiones se debilitan. Entonces vuestra razon se desembarazará de las ilusiones pueriles que la ofuscan, y conoceréis la necesidad de reformar vuestras costumbres y abrazar otras mas serias y moderadas. Casi sin que lo sepáis, hallaréis de repente en vuestro corazón un cierto gusto de órdenes de verdad y de decencia que poco a poco os empujará, y sin que os hagáis gran fuerza os arrojará en la salubridad sólida del Evangelio. Si en este momento,

cuando ya no podéis superar vuestros remordimientos y cuando la heremencia de la fe se os presenta á vuestros ojos con todo el esplendor, la opinión pública os supone entre los filósofos, y estos mismos os aguardan para vós morir insultando á Dios y á los hombres, ¿cómo será fácil romper con todos y exponerse á las irrisiones y desprecios del público y de vuestros amigos?

Porque, señor, esta es casi toda la historia de los incrédulos. Abandonan la religión por entregarse á los vicios con libertad, y perseveran en la impiedad por orgullo. La edad desengaña á muchos y los reforma; la muerte espantada á los más y los convierte; y si algunos llevan su obstinación mas allá de la vida, es porque se han declarado domesticados, porque temen pasar por inconsecuentes, porque no quieren perder la fama que han creído, adquirir, ó por que su razon entorpecida con la enfermedad no los deja bastante conocimiento para sentir los riesgos de su impiedad. Acordaos, señor, de Voltaire, y no añadáis dificultades á vuestra conversión, que suelen hacerse mas difíciles las circunstancias de la muerte, y tomad siempre los justos juicios de Dios.

La incredulidad tiene un origen muy vil para que pueda haber honor en sacrificarse en los últimos momentos el reposo y las esperanzas de la otra vida. Cuando un hombre tiene la degradación de haber abandonado la virtud y se halla perdido en las intrincadas y tortuosas cavernas de los vicios, no le queda mas que un hilo que le pueda sacar de laberinto tan enmarañado, solo tiene un recurso para no expiar su conciencia y consolar un poco su razon, y es: en medio de sus malas costumbres adorar siempre su religion; es reconocer que la depravacion del corazon y de los sentidos no pueden alterar ni mudar la verdad y solidez del Evangelio; es convidar algunas veces la feliz suerte de los cristianos fieles, que tienen la fuerza de frenar sus pasiones; es afligirse de su propia miseria y esperar que algun dia tendrá este valor; es no abandonar la religion ni los ejercicios públicos y obligatorios de esta; es frecuentar los templos, no huir de la palabra de Dios, no sufrir ningún discurso impio, evitar el escándalo, y guardar en todo la circunspeccion y decencia que puede adornarnos la gracia de Dios y nos conserva aun en nuestras flaquezas la estimacion y la lástima de los hombres de bien.

La religion sabe que el hombre es débil, y en todos tiempos le espera prevenida para socorrerle con los auxilios de la Iglesia. Al instante que se presenta arrepentido el hombre con su mano y lo lava con sus aguas. No ignora que muchos moribundos que nunca la han buscado, imploran su socorro en las postreras agonías, y entonces le presentan una vida entera pasada en los arrebatos del arrepentimiento. Con todo, esta madre piadosa no los desalienta, y como tiene un tesoro infinito de que dispone, espera que este instante, por la virtud de la sangre preciosa de Jesucristo con que cura las heridas, podrá dar al deplorable enfermo la salud entera, y por eso ha preparado fórmulas y preces con que implora y espera conseguir este prodigio.

¿Pero cuál será el sentimiento de esta madre al ver que una alma que nació en su seno y á quien imprimió el sello de las promesas divinas, refrenada á tan altas esperanzas pues sus ritos augustos en aquella hora no contienen fórmulas que indiquen la reconciliacion de los que han abjurado

á Jesucristo. Escuchad las palabras con que ruega por los moribundos: «Señor Jesús, reconoced vuestra criatura, que habeis regenerado con el agua, y el Espíritu Santo, que habeis marcado con la señal de vuestra cruz, que habeis alimentado con la palabra de vuestra verdad en el seno de vuestra Iglesia; perdonadla los pecados y las ignorancias de su juventud, olvidad las antiguas impiedades de que le precipitó el furor de sus dsesos; porque aunque ha pecado no os ha reconocido, os ha creído, y ha esperado en vos que sois su Dios y su Salvador.»

Discurrid, señor, ¿cuál debo ser la pena y la angustia de un incrédulo convertido de miedo en un instante cuando oyó estas palabras! ¿cómo debe sentir su corazon destrozado cuando reflexiona que ni siquiera puede alegar en su favor un motivo de consuelo que queda á los perversos mas abandonados! Por eso es muy imprudente y muy peligroso aguardar á momentos tan estrechos para tomar un partido de tanta consecuencia. El que quiere recobrar el derecho de la esperanza bienaventurada, no debe esperar ni la vejez ni la muerte. El instante que pierdo no se recupera, y nunca podrá hacerlo demasiado presto.

El que persevera en su desorden con la esperanza de convertirse un dia, da demasiado valor á los miserables placeres de la vida, aventura mucho por cosas frivolas, su consorcio no puede consolarlo, con perspectiva tan dudosa, y ómnino no puede tener otro remedio para sosegar sus remordimientos y temores. Todos tienen la certidumbre de los juicios de Dios, y nadie puede tener de vivir un dia mas. Todos los dias vemos morir súbitamente hombres que podian esperar años mas de vida, y otros hombres que no hubieran dejado de implorar los socorros de la religion, si hubieran pasado por la vejez y las enfermedades; pero un accidente ó un mal desconocido se adelantaron al tiempo, y murieron cuando menos pensaban sin haber podido usar de estos auxilios.

Me sería muy fácil, señor, aterrorar con ejemplos terribles; pero no lo creo necesario. Vos no me parecisis dudar ni murmurar; vos habeis podido ser débil, vos habeis podido estar alienado. Si vuestra razon ha estado ofuscada con los errores de una filosofía insensata y que auxiliada por el atractivo de la licencia ha podido seduciros, ya es he dicho lo bastante para que mireis que esta religion que tanto desprecian vuestros filósofos, está llena de razon, y que los que la creen son mucho mas sensatos que los que la desprecian. Ya habeis visto una cadena de hechos y verdades, que si no han podido convenceros, porque no habeis podido todavía familiarizaros con tantas ideas y tan nuevas, porque han perdido una parte de su valor por la grosiera de mis labios, por lo menos me debéis confesar que merecen un nuevo y mas apurado examen.

La importancia del asunto es tal, que un hombre de vuestro espíritu y talento no puede dudar que lo merece, y que el dejar de la mano hasta que con entero conocimiento se pueda tomar un partido. Pero entre tanto y mientras se depona vuestra duda, me parece necesario suspender toda accion, todo movimiento que fuera contrario al espíritu de accion; porque me parece que será la última imprudencia hacer lo que condena una religion que os examina y que parece ser cierto lo que ella profesa. ¿Qué excusa alegaría el que comete una accion que pudiera ser delictiva?

Esta circunstancia puede ser muy favorable, porque si

como lo espero de vuestro juicio, vos os prohibís, mientras dura esta duda, lo que prohibe el Evangelio, vereis por experiencia que su ley y su observancia no son tan difíciles como puede ser imaginarse. ¡Acaso la flaqueza de vuestro corazon es mayor obstáculo á la fe que la resistencia del entendimiento! ¡Acaso os figurais que es un terrible empeño el de sujetarse á las odambres que pide el cristiano! ¡La idea de convertirnos os constribe porque os presenta una imagen lúgubre y anstera á que vuestro corazon no puede acostumbrarse! Todo os parece tan frio, tan triste y monótono en las costumbres de los que viven religiosamente, que acaso no esperais poder acostumbraros á la severidad de estos principios, ni resolveros á tantos sacrificios.

Hoy ya es muy tarde para detenerme en combatir estos errores, que es muy injurioso á la dulzura del Evangelio y á la excelecia de los dones que la fe reparte á los justos. Si querais, otro dia hablaremos de esta senta; aunque me parece que todo lo que os he dicho hasta aquí debia desengañaros de tan famoso error, y quisiera que recordaisis lo que os dije el otro dia sobre lo que exige el Evangelio para recobrar la salud del alma, y que no es tan pesado como lo que exige un mélico ordinario para que se recobre la del cuerpo. Me parece que aquellas consideraciones son dignas de que las penseis con la madurez de una razon fresca y sincera.

Entonces cesó de hablar el padre. Yo no le había dicho una palabra en todo el tiempo de su largo discurso, y á pesar de su silencio tampoco le dije nada, porque me ocupaba en hacer apuntes de lo que el padre me decía, y viendo que continuaba el padre me interpele preguntándole: ¿Señor, no tenais nada que decirme? Entonces dejando la pluma le respondí: Escribo padre, porque no quiero que se me olvide ninguna de las especies, y deseo conservar por lo menos el orden con que me las ha presentado. ¡Pero qué queráis que os diga! Vos me habeis hecho un retrato de los filósofos muy diferente del que yo tenia, y no puedo negaros que siempre á reconocer que el vuestro es mas parecido al mío. En efecto, recordando lo que he visto... En esto sonó la campana, y el padre segun mi costumbre levantándose presuroso me dijo: Mañana, señor, continuaremos esta conversacion, y se fué.

Yo proseguí, y cuando acabé de apuntar mis especies me puse á repararlas todas con atencion, y cada vez me asombraba mas. No podia dejar de ver que yo no tenia la menor idea de todo lo que el padre me habia manifestado en elogio del Evangelio, que todo lo que me decía de los filósofos y de sus libros era verdad. Yo creia haber aprendido mucho en su escuela y veia que no sabia nada. Y antes tenia á todos los eclesiásticos por fanáticos é ignorantes, y me asombraba de que el primero que encontré y que yo empecé por despreciar interiormente, me enseñase tantas cosas de que no tenia la menor nocion, y que probablemente estaban tambien escondidas á mis celebrados maestros. El me hacia ver un orden de cosas muy nuevo para mí; pero me sorprendió por su solidez, y no podia disimularme que era mucho mas razonable.

En fin, Teodoro, yo creia ver un mundo nuevo, pero mucho mas vasto y mas arreglado que el antiguo que conocia. Por otra parte, no dejaba de interesarme el cielo y

ardor con que este buen padre trabajaba por convertirme, le veia enamorado de esta única deso, no podia dejar de agradecerle la mucha pena que tomaba para esto, conocia que esto aian no podia nacer sino de un principio de cristiano, y de la continua persistencia en que estaba de que este era el único camino de salvarme de mi perdicion. ¡Cuán febril deseaba ser como yo mismo! ¡Cuán era el mas interesado! Pero ¡ay! no se convierte fácilmente un corazon endurecido.

Yo convenia conmigo mismo que en efecto los que creen y practican la religion cristiana, tienen sobrados fundamentos para estar persuadidos de su verdad, que yo estaba engañado cuando creia que esto era una supersticion como todas las otras, sin fundamento sólido ni apoyo que el padre me habia hecho ver pruebas tan sólidas y tan evidentes que no era posible dejar de sentir su fuerza; que todo lo que decian los filósofos del siglo eran sofismas y dictos frivolos, y que todos los hombres de esta especie eran tan fáciles y despreciables, como empezaban á parecerme cuando y sentabas lo que respetaba una religion sostenida con tan sólidos fundamentos, la obediencia y practican. Porque en fin, me decía yo á mí mismo, no se puede negar que lo que el padre me ha dicho parece bastante serio y fundado para excitar una duda prudente, y en caso de duda tampoco se puede negar que el abrazar esta religion es el partido mas seguro.

Aun confesaba mas, pues me parecía que los que respetando la religion siguen sus leyes, eran mas felices que los que la abandonan; que los primeros vivan con mas sosiego, que su corazon está mas tranquilo, que sus costumbres son mas dulces, su trato mas suave, sus pasiones menos vivas. La presencia y la amabilidad de este padre me lo persuadían. El silencio de aquella casa, la regla de su vida, el orden de sus ocupaciones dicias, la paz y serenidad de su conducta hasta entonces muy distante de mi corazon y que me hacian convidar su muerte. Ellos son mas dichosos que nosotros, solia exclamar en mi retiro, y habia veces en que hubiera querido trocarme por uno de ellos; habia veces en que hubiera deseado haber vivido de un modo diferente, no haber oído hablar jamás de la filosofía, y haber, como otros muchos, seguido bienamente la religion en que nací para morir en ella.

Pero cuando reflexionando que después de tantos años de costumbres inveteradas, de tantos hechos públicos en que habia ostentado una incredulidad tan decidida, era menester sujetarme á una vida severa que me parecia imposible soportar, exponerme á la moía de mis amigos y mis conocidos, que se burlarian de mí, me tendrian por un hombre inconsecuente y débil; perder mi reputacion y exterminar de repente y de un solo golpe, placeres, comodidades y amigos, todo esto me parecia una montaña que yo era incapaz de repechar. Entonces sentia haber venido á aquella casa; me enfiaba el padre que me habia despertado inquietudes que antes no tenia y que me atormentarian ya toda mi vida; en fin, yo hubiera querido si fuera posible no ser lo que era; pero no me sentia con fuerza para mudarme; ya tenia algun conocimiento del bien, y no era poco pero me faltaba el valor y la resolucion.

En estas agitaciones pasó una de las mas infelices noches de mi vida. Esta idea de que podia haber una vida futura

me tralá á la memoria la muerte que di al extranjero y al ebrio y arrebatado fallecimiento de Manan en medio de una excesos y de sus vicios, y recuerdos tan dolorosos me

lanaban de sobresaltos y de terror. Pero voy á despechar esta carta para empezar á escribirte en otra lo que me pasó el día siguiente. Adios, Teodoro mio:

## CARTA XVI.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro querido: A la hora acostumbrada vino el padre, y después de las exhortaciones ordinarias me dijo: El extracto, señor, que me leísteis ayer me ha dado la idea de que también puedo haceros uno que recopilando lo mas esencial, os presentará la memoria de todo. Este método me parece útil, porque después de haber reflexionado las especies, examinando cada una de la debida extensión, la remisión de todas en un corto resumen hace que puedan refrescarse y recapitularse de nuevo. Aunque en este compendio todo se expone con ligereza, no deja de producir su efecto, porque rememora lo que se ha dicho y basta para que revista la memoria de todo en quien lo ha considerado de antemano.

Por otra parte, tiene la ventaja de que se presentan los mismos objetos con otro aspecto, y asuntos de tanta importancia deben ser vistos y considerados de todas las maneras y por todas sus lados. Puedo ser que haya alguna repetición; pero la forma será diferente y también habrá especies nuevas. Yo le protesté que siempre le escuchaba con interés, y el padre empezó así:

Ya hemos visto, señor, que la religion cristiana, y la religion cristiana sola, ha enseñado al hombre todo lo que le importa saber, que ha dispensado todas las ciencias, que ha fijado todas las incertidumbres, que le ha hecho conocer todas las verdades que debe creer, todas las virtudes que debe practicar y los bienes y males que puede esperar ó temer; en una palabra, que ella es la única que ha podido dar el don precioso de la fe divina, de esta fe en que la Providencia y la saldaría de Dios no rehúen menos que su misericordia, de esta fe que es tan firme como meritoria; firme porque es bastante clara para determinar el entendimiento, quitándole toda duda razonable y meritoria, porque es bastante oscura para que nuestra sumision sea virtud.

Me parece que puede compararse á la columna que dirige á los israelitas el desierto, luminosa por una parte y tenebrosa por otra. Así nuestra fe ve con tanta claridad los motivos de creer que obliga á la creencia; pero ve tan poco el fondo de los misterios que cree, que necesita para no dudar de ellos de la mas rendida y perfecta sumision.

Ya hemos visto tambien que si creemos y adoramos á Jesucristo, no es sin pruebas de que este hombre-Dios vino á la tierra; que él mismo se dijo Hijo de Dios y el Mesias prometido que anunció á los hombres su Evangelio, que no exigió que se creyese su doctrina y se obedeciese á su persona solo porque lo decía, sino que aprobó y autorizó su mision con los hechos mas capaces de convencer á todos; que los testimonios, documentos y pruebas que convirtieron

á muchos judíos y á innumerables gentiles tienen la misma fuerza para nosotros, y mirad otras muchas que ha podido dar el tiempo, y que todas son de tal naturaleza, que un hombre de juicio sano á quien no digan sus pasiones, no puede quedar con la menor incertidumbre.

Tambien hemos visto que era digno de la Providencia que mandásemos creer lo que nos dice, nos haya dado los medios de discernir con evidencia lo que ha salido de sus divinos labios; que para esto nos ha dado la razon que examina las pruebas de la fe, y que si la razon no pudiera asegurarse de que los oráculos son divinos, su fe estuviera incierta y vacilante, ó fuera forzada y nada meritoria; para decirlo mejor, no sería fe, sino imbecilidad.

Pero que los motivos de creer lo que la fe cristiana nos enseña son evidentes y demostrativos; que con todo hay incrédulos, porque por la mayor parte no los conocen, ni toman el trabajo de examinarlos y comprenderlos; porque no caminan de buena fe, ni tienen el corazón bastante sano para juzgarlos sin parcialidad y prevención; porque es imposible que puedan instruirse en medio de sus desordenes y de la continua disipacion del mundo; y en fin, porque los ojos que tienen entarados, no ven la luz del sol, sin que por eso el sol deje de refulger.

Que aunque sean tan claros los motivos de creer, el fondo de los objetos es oscuro; que eso exigen sumision, y que en esto consiste su mérito. Pues la oscuridad es esencial al misterio, y no menos esencial á la fe; como que para creer es necesario no ver pues el que ve, no cree, sino sabe. El que ve no puede tener fe, sino evidencia, el que ve no se somete cuando cree, ni ejercita una virtud, ni puede merecer, porque entonces su creencia no es acto de su voluntad ni sacrificio de su razon, sino necesidad de su entendimiento, que no puede dudar desde que ha visto.

Que en esta economía ó disposicion de la Providencia se manifiesta la bondad divina, que ha querido conducirnos á la vida eterna por mano de la fe, uniendo por este medio nuestra santificacion á su propia gloria; pues dispuso que la sumision de nuestra fe glorificase su verdad soberana, haciéndola el sacrificio de la razon, como quiso que nuestro corazón le hiciese el sacrificio de su amor, y que el esfuerzo que hacemos para vencer nuestros sentidos nos sirviese de mérito.

Que para que este mérito fuese digno de la alta recompensa que le promete Dios, nos propuso misterios de los cuales unos parecen contrarios á lo que nos persuaden los

sentidos, y otros son superiores á nuestra inteligencia; misterios que naturalmente son difíciles de creer y cuyo conocimiento se ha perdido en muchas regiones de la tierra; que naciones enteras los ignoran y que hasta en el seno del cristianismo sufren desprecios y contradicciones, pues muchos son combatidos por la heresia, y todos son batidos por la incredulidad. Pero que á pesar de sus dificultades y de tan malos ejemplos, el cristiano sumitelo los ojos y aclara sus sentidos, solo confia en las luces infalibles de su fe.

Que esta fe exige del cristiano no una creencia como quiera, sino tan absoluta que desmienta á cuanto le propongan sus sentidos; que debe imponer silencio á su razon cuando esta se quiera rebelar, que debe hacerla violencia y sujetarla al yugo. Que debe ser tan simple, tan pura y entera que ninguna dificultad la detenga ni la pueda excitar la menor duda; tan plena, tan total y tan perfecta, que se extienda á cuantos artículos la fe propone, sin que le sea lícito dudar de ninguno.

En fin, que esta creencia debe ser tan determinada, resuelta y constante, que nada pueda separarlo de ella, ni temores, ni esperanzas, ni halagos, ni tormentos, ni la vida, ni la muerte; tal debe ser la fe y el homenaje del cristiano, homenaje digno de Dios y que solo se debe á su divina palabra. Sin dudar que la carne y la sangre lo repugnan, el entendimiento se resiste, su independencia natural, su curiosidad, su presuncion no se acomoda con esta esclavitud á que le cautiva la fe; pero á pesar de sus rebeliones y repugnancias se sujeta con una sumision sin reserva, porque sabe que Dios lo ha dicho.

¿Y cómo sabe que lo ha dicho Dios? Por dos libros que no puede dejar de reconocer y respetar como divinos é inspirados, y como depósito infalible de la verdad.

El primero está dictado por Dios en la ley antigua y escrito de su órden por Moisés y los profetas que le sucedieron; por Moisés enviado de Dios, que probó su mision con milagros tan públicos como repetidos y hechos á vista de todo el pueblo. No puede dudar de la verdad de estos libros y de lo que contienen; porque sabe que estos libros que refieren aquellos milagros, fueron entregados por Moisés á los hebreos que los vieron y que están citados en ellos como testigos, y que estos no solo no los desmintieron, sino que los guardaron con respeto y los pasaron á sus descendientes, que hoy los conservan con el mismo culto religioso; pues sus mayores habiéndolos recomendado con tanta reverencia, acreditando con este hecho la verdad de cuanto en ellos se contiene.

Porque las fiestas, los monumentos y los cánticos que los mismos hebreos consagraron desde entonces á medida de cada sucesos, y que hoy mismo renueva anualmente su posteridad, son otros tantos testigos permanentes que atestiguan lo que refieren esos libros. Porque las profecías que desde entonces anunciaron acontecimientos que no podían caber en la prevision humana y que se han verificado después, han probado que solo pudo escribirlos una mano divina. Y en fin, porque las promesas consolantes que prodijeron tan dulces esperanzas y que fueron tan notorias y tan religiosamente conservadas, son otros incontestables monumentos que persuaden su divinidad, su autenticidad y autoridad.

El segundo libro es el del nuevo Testamento dictado por la ley de gracia y compuesto de los libros de los apóstoles y evangelistas que refieren la vida de Jesucristo, que era el Mesias prometido, su muerte, su resurreccion, su ascension, sus milagros, los de sus discípulos, la conversion de los gentiles y el establecimiento de la Iglesia.

Estos libros tienen por lo menos tantos testigos como los primeros, pues fueron escritos por autores que vieron ó hicieron los hechos que refieren y los entregaron tambien á los cristianos, á los que muchos habian sido testigos, y todos los recibieron y veneraron como divinos, acreditando con su consentimiento y reverencia cuanto dicen.

Del mismo modo las fiestas, los monumentos y los ritos que empezaron desde entonces, son otros tantos testigos permanentes de los hechos que suponen, y garantes no menos persuasivos de los mismos libros. La extension de la Iglesia es prueba palpable de su establecimiento y de la conversion de los gentiles. Y además de estas pruebas potentes, sus testigos son de una especie tan rara, que padecieron la muerte en los suplicios mas terribles por confirmar la verdad de lo que habian escrito, sin que jamás ninguno se hubiese desmentido.

Estos dos libros tienen entre sí tanta conexión y tan necesaria dependencia, que el primero es hecho para el segundo y el segundo nace del primero. El primero anuncia y promete, el segundo verifica y cumple; si el uno es divino, el otro no puede ser humano. Así por testimonios, por monumentos, por hechos y por cuantos medios pueden asegurarse á la razon; sabe el cristiano que aquellos libros son divinos, que el espíritu de Dios los ha dictado, y que no solo debe creer cuanto le dice, aunque no lo entienda, sino también practicar cuanto le manda.

¿Y qué le dice el primer libro? Lo cuenta la historia de la creacion del mundo, le manifiesta el plan de los designios de Dios y de su conducta con los hombres. Le informa que el cielo y la tierra son obra de un Criador omnipotente, que el hombre fué la última y la mejor criatura que salió de sus manos sobre la tierra porque le crió á su imagen, lleno de inteligencia y de justicia; que el hombre ingrato violó el precepto de su Hacedor y perdió todos los preceptos de su origen.

Que por este delito sus desgracias se comunicaron á su posteridad, y que la infeccion del tronco se propagó á las ramas; que habiéndose estas multiplicado en muchas familias, se vieron obligadas á dividirse y morar dispersas por la tierra; que con su separacion y el trascurso de los siglos perdieron la memoria de los hechos primitivos; que apenas les quedó una nocion vaga y confusa de su grandezza pasada, que alteraron la idea de su Dios y su creador desfigurándola con sus propias invenciones, y que olvidaron por entero la promesa del reparador que Dios ofreció á Adán al instante que reconoció la oscuridad de su delito; que esta idea y esta esperanza no se conservó sino en Abraham y sus descendientes, á quienes Dios la habia renovado en diferentes ocasiones.

¿Y qué le dice el segundo libro? Que este reparador prometido á Adán, renovado á los patriarcas, confirmado por Moisés y los profetas posteriores, que no solo dieron las señales por las que debía ser reconocido, sino que fijaron hasta el tiempo de su advenimiento, que este Mesias tan esperado, tan anhelado y tan llamado por los corazones re-